

LOS *TORIES* DESPUÉS DE BLAIR\*

Si bien el conservadurismo se basa en los llamamientos al orden y a la tradición, la suya ha sido en general una historia de cisma, ruptura revolucionaria o derrota militar. Pocos partidos conservadores del continente europeo o de Asia oriental tienen una existencia organizativa continuada de más de setenta años. Los del hemisferio occidental son un poco más antiguos; hasta bien entrado el siglo xx el Partido Republicano estadounidense no se definió como fuerza situada a la derecha de los demócratas. En América Latina, las juntas militares han compensado la falta de respaldo popular a los conservadores, siendo el Partido Conservador de Colombia la excepción notable.

Libre de las pruebas de la revolución y la invasión, el Partido Conservador inglés puede enorgullecerse de mantener un linaje continuado de al menos dos siglos, con un control del gobierno que se fue fortaleciendo hasta el final de la Guerra Fría. Como clave de esta longevidad, a los historiadores *tories* les gusta señalar la flexibilidad política que ha permitido al partido presentarse como el mejor protector de una clase en ascenso tras otra. La facción terrateniente de Pitt y sus sucesores, que dominó las turbulentas décadas de la Revolución Industrial, volvió bajo Peel en la década de 1830, con un nuevo nombre derivado de los *conservateurs* franceses, para declarar que «los intereses de las clases agrícolas y las clases industriales eran los mismos». Con la ampliación del electorado que supuso la Reform Act de 1867, los conservadores establecieron asociaciones de electores, lanzadas en un mitin en la Freemasons' Tavern de Londres, para atraer el respaldo de la clase media baja. El sufragio femenino, al que se opusieron, aportó un lecho de mujeres votantes de los *tories*. La introducción por parte de los laboristas del Estado del bienestar después de la guerra fue seguida de tres victorias sucesivas de los conservadores. Tras la turbulencia de las décadas de 1960 y 1970, Thatcher consolidó un nuevo bloque de ambiciosos *tories* de clase trabajadora que llevaron a cabo una reestructuración del paisaje económico y cultural británico casi tan drástica como la de comienzos del siglo xix. Incluso después de la expul-

---

\* Geoffrey WHEATCROFT, *The Strange Death of Tory England*, Londres, Penguin Books, 2005.

sión de Thatcher, los conservadores ganaron por una mayoría de 64 parlamentarios bajo la dirección de John Major, antes de sucumbir repentinamente a las luchas intestinas y a una cadena de derrotas inaudita.

El hundimiento de la voluntad política del partido y del respaldo electoral desde mediados de la década de 1990 es más llamativo, dado el éxito de los conservadores en otras partes; los partidos de derecha gobiernan ahora en veinticinco países de la OCDE. En las pasadas tres legislaturas, los parlamentarios *tories* han constituido apenas un tercio de la Cámara de los Comunes. Para las próximas elecciones, los conservadores habrán estado fuera del poder más tiempo que en ningún otro momento desde la Revolución francesa. Si la elección de David Cameron como líder conservador en diciembre de 2005 señala o no una recuperación de la capacidad *tory* de reinventarse, dependerá de cuáles hayan sido las causas subyacentes de la debacle.

La respuesta convencional ha sido que el nuevo laborismo ha robado a los *tories* la ropa, y que la tarea de Cameron debería ser ahora la de robarse la al nuevo laborismo. Geoffrey Wheatcroft, en su estimulante análisis titulado *The Strange Death of Tory England*, descarta esta opinión. El pillaje programático es sólo parte de la explicación, sostiene, y en cualquier caso no constituye una novedad. Fue Disraeli en la década de 1840 quien, evocando una escena agradablemente pastoral, sugirió que Peel había entrado en el baño de los *whigs* y se había llevado su ropa.

Wheatcroft es desde hace más de treinta años uno de los puntales de *The Spectator* y atribuye con franqueza su apego personal a los conservadores a una niñez en la que fue arrastrado a las ventas benéficas del Partido Laborista en Hampstead Garden Suburb. Ofrece una explicación a largo plazo de la decadencia, posiblemente menos cómoda para el Partido Conservador, centrada en las fortunas de lo que en una ocasión Harold Macmillan denominó la «vieja clase gobernante». Su libro proporciona una aguda historia política del Reino Unido desde 1963, llena de asombrosas caracterizaciones de los protagonistas. Da una explicación más firme y decidida de la situación actual que la que tienden a dar los comentaristas laboristas decepcionados; y si cada *tory* tiene una veta rabiosa, la de Wheatcroft se limita al unionismo del Ulster. Orwell, Mount y Oakeshott son las influencias fundamentales, aunque el primero felizmente restringido a unos cuantos lapsos nostálgicos. Más característico es el tratamiento que da a la cuestión polémica, para los historiadores *tories*, de cuáles son los orígenes del partido. El término –del gaélico *tóraighe*, un forajido irlandés que acosaba a los colonos protestantes o era acosado por ellos– se aplicó por primera vez a una facción de la aristocracia gobernante en la década de 1670, cuando era lanzado como insulto contra los partidarios anglicanos de Jacobo, hermano de Carlos II, por parte de aquellos que luchaban por excluirlo de la sucesión tras su conversión al catolicismo. (A los opositores se los tachaba a su vez de bebedores de *uig* [suerol], como a los insurgentes presbiterianos escoceses de la generación anterior.) Los

insultos se domesticaron como apodos de facción cuando se instauró el sistema bipartidista en 1688; pero fueron los *whigs* capitalistas agrarios los que disfrutaron del favor de la corte hanoveriana durante buena parte del siglo XVIII. Historiadores como Keith Feiling y Robert Blake han descrito la emergencia de un «Segundo Partido Conservador» en la década de 1780, muy distinto del de los *Cavaliers*. Contra esto, Wheatcroft combina un romance de comunidad orgánica –Burke leído con los lentes de Oakeshott– con una apreciación más realista y sardónica de lo que él denomina «el valiosísimo concepto de la tradición inventada», para insistir en que bajo los tres primeros Jorges no se dio tanto una ruptura con la antigua herencia Estuardo como una sumersión de la misma: «El *torismo* siguió siendo el credo de miles a pesar de los hacendados rurales lentos de entendimiento y a pesar de los intolerantes párrocos anglicanos», y de las dos universidades. Resurgió, reinventado, en la Era de la Revolución.

*Whig* o *tory*, la clase gobernante siguió saliendo de la aristocracia terrateniente, o de los hijos de los magnates industriales o financieros que eran absorbidos por ella; la oscilación en el liderazgo político se consideraba un derecho hereditario. Los *tories* no estaban completamente cerrados al talento; el padre de Disraeli era, de acuerdo con la descripción de Wheatcroft, «un amigable anticuario inglés que vivía cerca de Gray's Inn». Pero el sucesor de Disraeli, Robert Cecil, marqués de Salisbury, supuso una reversión a la forma, y en 1902 hizo que su propio sobrino, Arthur Balfour, pasara a ocupar su puesto; de ahí procede el dicho de «*Bob's your uncle*»<sup>1</sup>. Hasta comienzos de la década de 1920, cuando –enfrentado a la revolución en el continente y al ascenso del laborismo en el interior– Bonar Law, hijo de un ministro presbiteriano, fue considerado más aceptable como primer ministro conservador que lord Curzon, su gobierno incluía siete pares, entre ellos un duque y dos marqueses. Ramsay MacDonald, primer laborista elegido primer ministro, temblando como una hoja en 1924 cuando se disponía a arrodillarse ante el Rey, no hizo más que testificar la continuidad del poder aristocrático.

Desde mediados del siglo XIX, esta elite había sido reforzada por una nueva clase media alta y por la figura del «*gentleman* inglés». Más numerosa y mejor educada que los embarrados hacendados locales del siglo XVIII, esta capa ayudó también a proporcionar un sólido edificio para el orden gobernante: instituciones bancarias y financieras, colegios privados, y funcionariado especializado. Wheatcroft sostiene que la perpetuación de este régimen hasta mediados del siglo XX debió mucho a las dos guerras mundiales. La posición de clase del *gentleman* estaba validada por su función de oficial: primero, en 1914-1918, mediante su voluntad de enfrentarse a la muerte, junto a sus hombres; después, en 1939-1945, mediante su liderazgo en lo que se entendió casi universalmente como un

---

<sup>1</sup> Literalmente, «Bob es tu tío»: se usa en general como interjección, para dar a entender que algo es muy fácil [N. de la T.].

conflicto nacional legítimo. A corto plazo, las guerras mundiales redundaron en beneficio del orden tradicional y, por lo tanto, de los conservadores. (Wheatcroft explica el alud laborista de 1945 como un voto personal contra Churchill, de cuya «falsa prosa augustal» –expresión de Waugh– se había cansado la población.)

Pero, a medida que se desvanecían los recuerdos de la guerra, también desaparecía el lustre que ésta había dado al sistema clasista inglés. A comienzos de la década de 1960, éste había sido sometido a una serie de nuevas tensiones. La clase media tecnócrata esperaba la ampliación del sector estatal, o la modernización trasatlántica. El rígido mercado laboral y el aumento de los niveles de vida potenciaban la confianza sindical. Las elites dirigentes fueron objeto del ataque satírico de sus propios hijos. Éste es el contexto en el que Wheatcroft ve el comienzo del fin de la Inglaterra *tory*. En 1963 «estalló abiertamente» en las filas conservadoras «una especie de guerra de clases» en la que uno de los bandos apoyaba los ideales de una clase gobernante hereditaria, y el otro la causa de la carrera abierta a los talentos. «Una de las facciones ganó, y pasó a transformar el país. Gracias en parte a esa victoria, los *tories* llegaron al fin del siglo en decadencia terminal.»

El primer tiro se disparó cuando Macmillan, al abandonar su cargo de primer ministro conservador, propuso como sucesor al decimocuarto conde de Home, con la lánguida recomendación de que sir Alec era «claramente un hombre que representa a lo mejor de la vieja clase gobernante, y quienes ven con razonable imparcialidad la historia inglesa saben lo bueno que eso puede ser». A la batalla se unió la facción ascendente de los modernizadores –R. A. Butler, Iain Macleod, Reginald Maudling– que había sido relegada en el proceso. Macleod tomó la delantera con un asalto demagógico en *The Spectator* contra «los procesos de consulta acostumbrados» en el Partido Conservador, que habían permitido al primer ministro evitar incluso un debate en el gabinete gubernamental antes de asesorar a la Reina sobre la sucesión. Macleod señalaba que, en el «círculo mágico» de los nueve grandes *tories* consultados, ocho habían ido a Eton; y añadía categóricamente: «Yo personalmente prestaría más atención en este tema al punto de vista de un presidente de sección de los Jóvenes Conservadores o del Comité Asesor Sindical».

Home sólo perdió las elecciones de 1964 contra Harold Wilson por 200.000 votos. Pero cuando dejó el cargo en 1965, un consenso macleodista insistía en que los conservadores debían adoptar a partir de entonces un sistema de selección de líderes similar al laborista, mediante votación de los parlamentarios del partido. Fue, sostiene Wheatcroft, un signo de que la clase gobernante estaba «perdiendo su fuerza, o su voluntad de ganar» el que no hubiera candidato del Whites Club en la elección de líder de 1965, ganada por Edward Heath, «francamente de clase baja». En 1975, cuando Heath salió de Downing Street, los parlamentarios *tories* eligieron a la «capaz y trabajadora, pero poco elegante y realmente plebeya»

Margaret Thatcher. El *déclassement* de los dirigentes conservadores fue síntoma e instrumento de «la muerte de la Inglaterra *tory*». Una revolución pasiva (como podría haber dicho Wheatcroft) transformó los cimientos clasistas en los que ésta había descansado: primero mediante los procesos moleculares del cambio socioeconómico que había expandido la educación de la clase trabajadora y la autoconfianza de la clase media en la era del Estado del bienestar de posguerra; y después, con Thatcher, en el sentido de revolución desde arriba que reestructuró todo el paisaje.

Wheatcroft hace un intento honrado de superar la generalizada ambivalencia *tory* respecto a Thatcher: admiración por su «esencial misión histórica» y consternación por sus resultados. En parte reaccionaria y en parte radical, Thatcher no era *tory* –«mujer de raíces puritanas, no podía con facilidad convertirse en *Cavalier*– y en muchos aspectos «ni siquiera conservadora». El autor habla de la asistencia a «una comida un tanto lúgubre» ofrecida por uno de los admiradores de Thatcher, en la que su intento de realizar un comentario cortés sobre la política agrícola fue recibido por la primera ministra con una mirada de basilisco y las palabras «¿Es *usted* agricultor?». Su juicio final es que Thatcher se excedió. La castración de los sindicatos, la venta de las viviendas gestionadas por los ayuntamientos, la privatización de las empresas de servicios públicos, fueron reformas bien recibidas; la destrucción de las universidades, el derecho, la medicina y las artes fue «temporalmente vigorizante, después debilitadora»; y la del gobierno local «una terrible obra destructiva». En la descripción a medias admirativa de Raphael Samuel, «Thatcher no sentía admiración por las tradiciones de la clase gobernante británica» y mucho menos por las del propio Partido Conservador. Las purgas que Thatcher efectuó de los antiguos grandes no fueron simples actos de resentimiento: «Realmente tenía más afinidad con otros plebeyos advenedizos como Norman Tebbit».

Wheatcroft reconstruye de manera excelente la agitación interna que experimentó el partido tras la salida de Thatcher, y reserva su veneno más agudo para el *Daily Telegraph* de Charles Moore, que respaldó la candidatura al liderazgo de Redwood, perteneciente a la extrema derecha, y «de manera señalada no respetó el viejo lema militar de nunca intensificar la derrota». Wheatcroft deplora la miopía política que dominó las sucesivas luchas por el liderazgo después de 1997: «Obsesionados por cualquier pérdida de soberanía frente a un puñado de irritantes burócratas de Bruselas, se contentaron con que Inglaterra se convirtiera en Estado cliente de Washington». Evitando al combativo Kenneth Clarke, que se oponía a la guerra de Iraq, los conservadores optaron por William Hague («prosaicamente blando»), Iain Duncan Smith («inepto y petulante») y Michael Howard («no sólo poco convincente en el plano intelectual, sino escurridizo»). Todos resultaron incapaces de organizar un asalto eficaz contra un gobierno laborista cuyo expediente –crímenes de guerra, corrupción, abuso de poder– debería haber proporcionado amplio material de oposición.

Dos temas –Europa y el imperio– se mantienen ampliamente fuera del análisis de Wheatcroft. Al proceso de descolonización sólo se le dedican dos páginas de *The Strange Death of Tory England*, como telón de fondo de la conspiración que en 1963 se opuso al nombramiento de Home por parte de Macmillan. De este grupo, Maudling y Macleod eran ex secretarios coloniales, que chocarían con uno de los miembros contemporáneos más activos de la clase gobernante: Bobbety Salisbury, nieto del primer ministro victoriano que había legado el nombre familiar a la capital de Rhodesia, pensaba que los butleristas estaban traicionando a la bandera en África oriental. Pero el significado del imperio para los conservadores era mucho más profundo. Desde finales de la década de 1770, las amenazas gemelas de la rebelión anticolonial y después la revolución continental habían ayudado a convertir a la facción *tory* en partido, el cual se hizo con el importante apoyo *whig* en una consolidación elitista contra la amenaza que suponían Wilkes, Norteamérica y Francia. La desestabilizadora pérdida de las colonias americanas, y las guerras transcontinentales para proteger de Napoleón a las que quedaban, dominaron los gobiernos de Pitt y Liverpool. Tras las décadas liberales de mediados del siglo XIX, Disraeli reanimó al Partido Conservador con una dosis embriagadora de populismo patrioter.

El agotamiento económico, el ascenso de la potencia estadounidense y la resistencia anticolonial dejaron finalmente al país agotado por las guerras y con pocas opciones estratégicas. La mejor hora británica vio cómo Churchill mendigaba un préstamo negociado a cambio de la dependencia permanente mientras Washington, en palabras de Nelson Rockefeller, echaba un vistazo a las mejores propiedades de la cartera británica. La descolonización –todavía hoy inacabada– fue en casi todas partes mezquina, chapucera y sangrienta. Si bien el delito más vergonzoso fue la partición de India –efectuado bajo un gobierno laborista–, el expediente en Palestina, Malasia, Kenia y la Federación Centroafricana apenas fue mejor. Al partir, el *gentleman* inglés dejó tras sí un rastro de cadáveres. El propio Macleod supervisó los últimos años del *pipeline*, esto es, del sistema de campos de tortura establecido en Kenia por sir Evelyn Baring, en el que encerraron a decenas de miles de mau mau. Involuntariamente privado de sus principales posesiones de ultramar, económica y militarmente dependiente de su superpotencia aliada, el Estado británico de posguerra tenía que idear una nueva estrategia para lidiar con su posición enormemente reducida en el orden internacional.

El lento debilitamiento de las estructuras de clase tradicionales que Wheatcroft describe se unió, a partir de la década de 1960, a la transición hacia la condición postimperial. Es este doble trauma el que explica la profundidad de la crisis *tory*. Porque si el vigoroso reordenamiento del sistema económico efectuado por Thatcher podía proponer una especie de respueta al primer problema, no podía ofrecer nada respecto al segundo. El *torismo* había intentado encontrar formas de calmar su ego político respecto a la subordinación británica a Estados Unidos –como Grecia a

Roma», pero esto era un consuelo, no un programa. El primer intento de romper el punto muerto acabó en fracaso. Wheatcroft se muestra duro con Heath («elevado de Broadstairs a Oxford, donde fue presidente de la Unión, pasando después por el ejército, los Comunes y la oficina responsable de la disciplina parlamentaria, sin adquirir ningún don social ni desplegar ningún encanto personal reconocible»). Pero la estrategia que éste propuso entre 1970 y 1974 fue relativamente coherente: imponer una ruda disciplina laboral para aumentar la rentabilidad, y al mismo tiempo situar al Reino Unido en el centro de la dirección europea, sin temor a chocar, si fuera necesario, con Estados Unidos. En consonancia con este enfoque, Heath negó a Washington el uso de las bases británicas para la Guerra del Yom Kippur de 1973: un acto de independencia inaudito para un primer ministro posterior a Suez. Pero el asalto a los sindicatos demostró ser prematuro y tras su derrota Heath fue prácticamente repudiado por el partido. Con Thatcher, las contradicciones de los *tories* respecto a Europa se agudizaron, pero no se produjeron intentos de responder a la pregunta de Wheatcroft: «Si decimos no a la UE, ¿qué otra cosa podemos ser, sino Estado cliente de Estados Unidos?».

El fin de la Guerra Fría planteó este dilema con mucha mayor agudeza, mientras Washington se embarcaba en su reconstrucción del orden internacional. Pero en 1990 Thatcher aún intentó enmarcar la respuesta a la reunificación alemana en relación con «el interés nacional». El gobierno de Major no mostró entusiasmo ante las intervenciones de Clinton y Albright en Yugoslavia. En la visión del mundo de los conservadores persistía un residuo indisoluble de pensamiento soberanista nacional mucho después de que éste pudiera disponer de una salida estratégica, que persiguió hasta el final a los gobiernos *tories* del siglo xx. Una vez fuera del poder, este instinto se reduciría cada vez más a un estridente nacionalismo pequeño-burgués.

Los laboristas, por el contrario, estaban acostumbrados desde hacía tiempo a desempeñar un papel dependiente. Agradar a los señores de uno era cuestión de cálculo, no de principio, para Brown y Blair (como demostraron los altibajos del euro y de la Fuerza Europea de Defensa). Blair vio y aprovechó la oportunidad, ofrecida por la remilitarización de la política exterior estadounidense por parte de Clinton en las operaciones Zorro del Desierto y Fuerza Aliada, para resituarse al Reino Unido no sólo con Washington, sino en su interior. «Nuestro objetivo no es sólo estar cerca del Departamento de Estado, sino realmente dentro de él, participando en el debate», como febrilmente expresó un asistente en octubre de 2001. Comentaristas como David Runciman se han preguntado por los «peligros» de la postura destacada de Blair en todas las intervenciones militares lanzadas por Bush. Pero una vez situado dentro del Departamento de Estado, la medida más peligrosa –de hecho, traidora– sería oponerse al gobierno y formular una línea independiente.

Como sostiene Wheatcroft, la «muerte de la Inglaterra *tory*» no debería entenderse como una derrota de la derecha. Ocurre precisamente en un

momento de derrota mundial de la izquierda, cuando el control del capital se extiende a todo el planeta. También en el plano nacional los problemas de los conservadores se pueden interpretar como resultado de su éxito político. A finales de la década de 1980, el gobierno de Thatcher había aplastado a los sindicatos, destruido la democracia del gobierno municipal, y vendido las empresas de servicios públicos y las viviendas de propiedad pública. Como dice Dangerfield en *The Strange Death of Liberal England* acerca del Partido Liberal en 1914, los conservadores habían conseguido todo lo que se habían propuesto hacer; ¿qué objetivos les quedaban por lograr? Otros podrían reclamar ahora el legado económico y político de los conservadores, sugiere Wheatcroft, con «un disfraz aparentemente más amable», ya que en Reino Unido «la tendencia de la izquierda está personificada por Tony Blair y el Nuevo Laborismo». Se ha producido un giro, sin embargo, porque si la derecha ha ganado la batalla política y económica, sugiere Wheatcroft, la izquierda ha ganado la discusión cultural. Discursivamente, los temas de la izquierda –o más bien, ya que «la vieja izquierda racional había muerto», los del «sentimentalismo enfermizo» que habían ocupado su lugar– se habían convertido en la ideología dominante.

Si la completa asunción de los viejos lemas de centro izquierda por parte de Cameron –sensibilidad medioambiental, justicia social, convertir la pobreza en historia– equivale a una recuperación de la capacidad del Partido Conservador para adaptarse y reinventarse, la cuestión sigue siendo en qué. Al contrario que afirmaciones realizadas por los columnistas de *The Guardian*, el nuevo *torysmo* no representa un giro a la izquierda. En cuestiones macroeconómicas ni siquiera se finge el debate; la herencia thatcherista-blairista estará tan segura en las manos de Cameron como en las de Brown. En política exterior, Cameron es un amigo conservador de Israel y reitera toda la ortodoxia de la Casa Blanca respecto a Iraq. Si algo representa su elección, y la derrota de Clarke, es la extinción de buena parte de la esperanza de que la política británica adquiriese un centro burgués más racional. En los últimos años, algunas de las críticas más elocuentes a la desigualdad entre las clases han procedido de comentaristas de la derecha –el *Mind the Gap* de Mount, por ejemplo–, aunque sus prescripciones difieran poco de las del laborismo. La aceptación por parte de Cameron del *statu quo* –«a los conservadores les encanta el Reino Unido tal como es»– equivale a un rechazo de tales reservas.

Pero dicho claramente, el programa de ambos partidos –la ampliación del dominio del capital y la política exterior hecha en Washington– no es un ganador de elecciones. Exige un revestimiento ideológico que lo haga digerible. A este respecto, la inclusividad social de Cameron debe equipararse al afecto de Hillary Clinton por los fetos no nacidos o al respaldo de los socialistas franceses a los toques de queda en los barrios obreros: todo lo que parezca darle buen resultado al gobierno, la oposición debería prometerlo sin reservas. En 2005, durante la contienda por el liderazgo del Partido Conservador, Wheatcroft escribió un artículo enérgico pidién-



do «que no sea el partido de Tony Blair». Los votantes conservadores, señalaba, se opusieron a la invasión de Iraq en cifras mucho mayores que los laboristas –el 52 por 100 pensaba que la guerra estaba injustificada, frente al 39 por 100 de los votantes laboristas– y detestan el asalto de Blair contra las libertades civiles y las garantías procesales. Pero en lugar de combatir al gobierno laborista, los conservadores lo estaban imitando. «Si alguien personifica el problema, ése es David Cameron.»

Con Cameron se está produciendo ahora otra extraña metamorfosis integral del Partido Conservador británico; ¿pero hay otras clases a las que atraer? La afiliación y el número de votos del partido han caído al mínimo de todos los tiempos. La globalización, el *big bang* que experimentó la City londinense en 1986, la financiarización de algunas profesiones (medios de comunicación, *marketing*) y la proletarianización de otras (universidades, medicina, funcionariado) ha convertido al «*gentleman* inglés» y a la clase media tradicional en algo tan extinto como el minero, el impresor o el técnico militantes. La homogeneización social ha acompañado a una concentración de riqueza creciente. Cameron y su entorno del Bullingdon Club quizá procedan de entornos de clase alta socialmente más seguros que el desarraigado Blair, pero en sus valores cristianos, sus actitudes típicas de la generación de la explosión demográfica respecto a la vestimenta y las drogas o su intimidad con millonarios semidelincuentes no hay nada que distinga a los diversos miembros de la nueva clase gobernante; todos son amigos de Berlusconi. El Partido Conservador tal vez reviva, pero la Inglaterra *tory* está muerta. Lo que la sustituye no es algo mejor.